

ENCUENTRO DE DOS MUNDOS

MIGUEL LEÓN-PORTILLA *

Muchos de nosotros —allá por los años cuarentas y cincuentas— para estudiar historia universal teníamos como texto un libro de dos autores franceses llamados Albert Malet y J. Isaac. Nos proporcionaban ellos información sobre todo acerca de los acontecimientos históricos del Viejo Mundo y en particular de Europa. Cuanto allí se exponía se nos presentaba desde una perspectiva francesa. Así hubimos de acercarnos al tema intitulado “Los descubrimientos de los portugueses y de los españoles”.

Los autores, hasta donde puedo recordarlo, ofrecían un cuadro de la situación prevalente en Europa. Dedicaban amplio espacio, como debió parecerles natural, a Francia. De España y Portugal, señalaban que, no obstante su atraso, había en ellas hombres arriesgados, dispuestos a lanzarse a la aventura. Un personaje aún más esforzado, el genovés Cristóbal Colón, venciendo dificultades, había logrado convencer a Isabel la Católica y, con su patrocinio, se adentró en el Atlántico. ¡A Colón correspondía la gloria de haber descubierto el Nuevo Mundo!

De lo que existía en ese otro continente, nada habían dicho Malet e Isaac hasta llegar a ese capítulo de su *Historia*. Ésta, aunque intitulada universal, se centraba en Europa y los antecedentes culturales de ella. Por eso habían tratado de los egipcios y los mesopotamios. Los indígenas del continente que había permanecido desconocido para los europeos, sólo entran en escena cuando ocurre que “son descubiertos”, “son conquistados”, “son cristianizados” y son “colonizados”. De lo que antes habían sido, Malet e Isaac —así me parece recordarlo— sólo decían que la gran mayoría eran gentes primitivas cuya requerida conversión abría al cristianismo nuevo campo.

Algunos de los que estudiábamos en el dicho libro de Malet e Isaac, tuvimos la buena suerte de que otro de los maestros nos reco-

* Este trabajo, con algunas variantes, fue presentado en la Conferencia Internacional: Reescribiendo la Historia, San Antonio del Mar, Baja California, 8 de febrero, 1992.

mendara por ese mismo tiempo que leyéramos la *Historia antigua de México*, de Francisco Xavier Clavijero. Comparar lo que éste decía sobre los pueblos nahuas con lo expresado por Malet e Isaac nos dejó perplejos y perturbados. Y, sin embargo, para responder al maestro y pasar los exámenes, teníamos que recitar lo que había escrito Malet. La *Historia* de Clavijero nos interesó mucho por su claridad y por la forma como mostraba las creaciones culturales de los pueblos prehispánicos. No podíamos explicarnos el contraste que había entre las obras de Clavijero y de los señores Malet e Isaac.

Por mi parte, en lo escrito por Clavijero encontré luego una pista para entender ese tan radical contraste. Clavijero aludía varias veces al inglés William Robertson y al prusiano Cornelius de Paw. Los dos se referían a los indígenas de México y en general de América pintándolos como seres primitivos, casi carentes de cultura. De Paw decía entre otras cosas que los indios de México sólo podían contar sin equivocarse hasta tres. Y curiosamente Robertson y De Paw criticaban también mucho la acción de españoles y portugueses en el Nuevo Mundo.

Sonaré tal vez pedante, pero tengo que decir que la filosofía me ha atraído mucho y que Kant dejó honda huella en mí. Como otros muchos, estudiándolo, creo haber captado las limitaciones del conocimiento racional en los seres humanos. Algún tiempo después me enteré de que Kant también había dicho algo sobre los indígenas del Nuevo Mundo. En su obra *Ciencia del hombre o antropología filosófica según las prelecciones manuscritas*, entre otras cosas afirmaba que “los indígenas americanos no hacen suya cultura alguna..., carecen de afectos y pasiones..., no sienten amor y debido a ello no son fecundos..., casi no hablan..., no se preocupan de nada, son perezosos”.¹ Más drástico aún se mostró Kant al referirse otra vez a los nativos del Nuevo Mundo en sus *Reflexiones sobre la Antropología*. “Toda una parte del mundo [es decir América] —escribió— está mal poblada y es medio animal”.² Tales afirmaciones hasta ahora me dejan asombrado. Lo dicho por él contrasta con la admiración que no mucho después mostró Alejandro de Humboldt ante las culturas de Mesoamérica y el área andina.

¹ Immanuel Kant, *Menschenkunde oder philosophische Anthropologie nach handschriftlichen vorlesungen*, herausgegeben von Friederich Ch. Starke, Leipzig, 1831, p. 353.

² Immanuel Kant, “Reflexionen zur Anthropologie”, *Gesammelte Schriften*, Akademie der Wissenschaften, G. Reimer und W. de Gruyter, Berlin und Leipzig, 22 vols., 1900-1942, vol. xv, p. 635.

Acudir a los filósofos en busca de juicios sobre los pueblos indígenas de las Américas y sus culturas me empezó a parecer desconcertante. Jorge Guillermo Federico Hegel, al referirse no solamente a las culturas del Nuevo Mundo, sino a todo su devenir histórico, se mostraba aún más radical. Así en sus *Prelecciones sobre Historia Universal* sentenció:

“América ha estado separada del campo en el que hasta hoy se ha desarrollado la historia universal... Lo que hasta ahora ha sucedido en ella es sólo eco del Viejo Mundo... Dejando así a un lado al Nuevo Mundo y a las fantasías que están ligadas con él, nos fijamos en el Viejo Mundo, básicamente en Europa, es decir en el escenario verdadero de la historia universal...”³

De este modo, no mucho después de que Clavijero ponderaba el pasado prehispánico de México y su *Historia* se traducía al inglés, francés y alemán, Kant negaba a los indígenas, con un juicio *a priori* muy de su agrado, no sólo afectos y sentimientos, sino capacidad de trabajo, de procrear y aun de hablar, y los tildaba además de “medio-animales”. Y, en tanto que Humboldt en obras suyas como *Vistas de las cordilleras y de los monumentos de los pueblos indígenas de América* describía con admiración el arte y cultura de los nativos, y en su *Ensayo político sobre la Nueva España* apuntaba un destino promisorio para México, Hegel de un plumazo situaba fuera de la historia a todo el continente americano.

Leyendo años después el precioso libro de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, me enteré de que lo que ocurrió entre los germanos, sucedió también con algunas diferencias entre los ingleses como en Robertson y entre los franceses desde Buffon hasta Joseph de Maistre. Éste llegó a escribir que “no hubo sino excesiva verdad en la primera actitud de los europeos que rehusaron en el siglo de Colón reconocer como a sus semejantes a los hombres degradados que poblaban el Nuevo Mundo”.⁴

El desconocimiento y desdén de no pocos de los europeos respecto de las trayectorias culturales de los pueblos nativos del Nuevo Mundo se vio luego acompañado de su desinterés por la historia de las colonias que allí se implantaron y de las naciones que más tarde alcanzaron la independencia. Una excepción fue la historia de los Estados Unidos de América que, sobre todo a partir de la primera

³ G. W. F. Hegel, “Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte”, *Sämtliche Werke*, Stuttgart, 1961, v. II, p. 129.

⁴ El pensamiento de Joseph de Maistre acerca de los amerindios es presentado por Antonello Gerbi en *La disputa del Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica 1960, p. 358-364.

guerra mundial, interesó ya a los europeos. En los Estados Unidos vieron ellos el trasplante exitoso de la cultura occidental, en particular en su versión anglo-germánica. La historia americana, así sin adjetivos, se presentó a sus ojos como prototípica de lo que el trasplante de europeos nórdicos podía realizar: la creación de un gran país.

Este había surgido y se ensanchaba haciendo a un lado a los indios. Nada menos que George Washington hizo notar esto escribiendo a James Duane el 7 de septiembre de 1783. La expansión de los establecimientos angloamericanos —le decía— “provocará ciertamente que el salvaje [es decir el indio] como el lobo se retiren, ya que ambos son bestias de rapiña aunque puedan diferenciarse en apariencia”.⁵

Ciertamente que los pareceres de Cornelius de Paw, Kant, Hegel, De Maistre y Washington hablando acerca de los amerindios, se presentaban como del todo contrarios no ya sólo a lo expuesto por Clavijero y Humboldt, sino también a lo que en el siglo xvi escribieron muchos de los frailes cronistas. Quienes han leído a Motolinía recordarán cómo alaba el ingenio de los indios. En el caso de Sahagún, empeñado en conocer las tradiciones y la perspectiva de los nahuas acerca de sí mismos, y que recogió un impresionante conjunto documental, bastará con evocar un juicio suyo: los indios “echan el pie delante a muchas naciones que tienen gran presunción de políticas”. Y no será necesario citar aquí a Bartolomé de las Casas que, de haber podido escuchar a Cornelius de Paw, Kant, Hegel, De Maistre y Washington, hubiera arremetido contra ellos como lo había hecho con Juan Ginés de Sepúlveda.

Interrumpiré un momento estas reflexiones para preguntarme por qué las estoy expresando. Nos hallamos no en un año cualquiera sino en el de 1992. Por todas partes se habla de que en este año alguien muy importante cumple años, o mejor, aunque dicen que no es viejo sino nuevo, que cumple centenarios. Me refiero a nuestro continente que, hasta donde sé, es el único que tiene este feliz o triste privilegio. Nadie ha hablado del cuarto, décimo o vigésimo centenario de Europa o de Asia o África, ni siquiera de Oceanía. En cambio, las Américas cumplen en este 1992 su quinto centenario.

⁵ “The gradual extension of our settlements will cause the savage as the wolf to retire; both being beasts of prey though they differ in shape.”

“Letter to James Duane, 7 September, 1783”, *Writings of George Washington*, edited by George C. Fitzpatrick, v. 27, p. 140. (Citado por N. Delanoë y J. Rostkowski, *Les indiens dans l'histoire américaine*, Nancy, Presses Universitaires de Nancy, 1991, p. 52.)

El acontecer que se evoca en el V Centenario no sólo guarda relación con la historia sino también con las varias formas como ella se ha escrito y reescrito. Precisamente por esto mientras unos quieren celebrarlo y festejarlo, otros hablan de execrarlo. Nos hallamos ante un tema en torno al cual se plantean, con razón o sin ella y casi siempre con pasión, innumerables cuestionamientos que conciernen al pasado y al presente.

Los "cumplecentenarios" de este continente

Creo que será de interés preguntar: ¿por qué, dónde y cuándo empezó a hablarse de cumplecentenarios a propósito de este continente? Obviamente no fueron los indígenas los que empezaron "la costumbre", pero tampoco se debió ello a los españoles. La primacía corresponde a los franceses. Teniendo como un acontecimiento muy importante al que se designa como "el descubrimiento de América", la Academie Française, sólo un par de años después del inicio de la Revolución Francesa, creó un premio para el trabajo que mejor respondiera a esta pregunta: ¿Cuál ha sido la influencia de América sobre la política, el comercio y las costumbres de Europa?

Los varios trabajos que se presentaron —aparte de algunas alabanzas a Colón— pueden distribuirse entre los que condenan la presencia de España en el Nuevo Mundo en tono de "Leyenda Negra", y aquellos otros que describen la influencia ejercida por América en Europa más bien con colores sombríos. Extraño sonará que el trabajo galardonado, cuyo autor optó por permanecer anónimo, destaca como influencia muy significativa de América haber regalado a Europa y al mundo entero nada menos que la sífilis. De ella cabe recordar que, además de tenerse como "enfermedad vergonzosa", se conoció por mucho tiempo como "morbo gálico" o "mal francés". Es posible que el anónimo vencedor en el concurso que inauguró la conmemoración de los centenarios americanos, quisiera reivindicar con su trabajo el prestigio de su patria.⁶

Del cuarto centenario cabe decir que fue ya celebración ruidosa. España a la cabeza, asimismo la gran mayoría de los países hispano-americanos, y también Italia y los Estados Unidos, festejaron con exposiciones, congresos, monumentos, publicaciones y discursos innumerables lo que se presentó como acontecer asombroso del "Descubri-

⁶ Exponen esto con más amplitud Bartolomé y Lucile Bennassar en *1492, Un monde nouveau?*, París, Perrin, 1991, p. 50-55.

miento de América". Mas, como en la tierra nunca hay felicidad perfecta ni cabal convergencia de opiniones, ya entonces se dejaron sentir algunos descontentos que hicieron dura crítica de los entuertos que habían traído consigo las conquistas. Un ejemplo de esto lo dio el peruano Ricardo Palma que, representando a su país durante los festejos en España, se sintió indignado con los ditirambos de algunos oradores y optó por retirarse de una particular ceremonia.

Ahora estamos en 1992 y puesto que los cumplecentenarios de nuestro continente se tienen como cosa natural, nos encontramos con que ha llegado ya el Quinto. Aunque muchos recordarán aquello de que "no hay quinto malo", en éste hay más de un problema. De manera mucho más amplia, las cuestiones que evoqué en mi reflexión inicial, y otras muchas más, se han tornado presentes, reencendiéndose con gran fuerza la que llamó Gerbi "disputa del Nuevo Mundo".

Entre las cuestiones materia del debate mencionaré éstas: ¿por qué se dice que Colón descubrió a América? ¿No la habían descubierto mucho antes los propios indígenas que, a través de milenios la habían poblado y habían creado en ella culturas como la teotihuacana, la maya, la mexicana, la incaica? ¿Cómo es posible hablar de descubrimiento si Colón nunca tuvo conciencia de lo que eran las tierras a las que llegó?

Atendiendo a las consecuencias del proceso que se desencadenó en 1492, enfocan otros de modos radicalmente diferentes la cuestión. Mientras unos sostienen que en 1992 debe celebrarse el V Centenario de la introducción de la cultura occidental en el hemisferio antes aislado, otros lo execran como el medio milenio de las invasiones y genocidios perpetrados por los europeos en tierras de indígenas. Y en tanto que unos reiteran la idea de celebración como V Centenario de la predicación del Cristianismo en América, otros lo condenan en cuanto imposición de creencias y prácticas ajenas en detrimento de las religiones nativas que fueron perseguidas y, en muchos casos, aniquiladas.

El debate no circunscrito ya al campo de solas las ideas, se ha encendido y levanta llamas muy grandes. Ojalá que éstas, en vez de quemar, arrojen nueva luz que ilumine a quienes con ardor participan en la disputa y también a los que piensan en las significaciones que puede tener reescribir la historia tocante a tan controvertido proceso.

Fue a principios de 1984 cuando, como dirían los nahuas, entró en mi *tonalli* o destino verme abocado a la temática del V Centenario. Dos secretarios de estado, el de Educación, el recordado don Jesús

Reyes Heróles y otro, el de Relaciones Exteriores, Bernardo Sepúlveda, me pidieron un parecer acerca de lo que podía realizarse a propósito del famoso Centenario. Hubo amigos que me dijeron: "No te metas en esto; es un asunto conflictivo y hasta riesgoso". Invité entonces a algunos colegas para discutir sobre ello. Nos reunimos Roberto Moreno de los Arcos, José María Muriá y yo. Más tarde se sumó el también recordado Guillermo Bonfil Batalla.

En busca de una perspectiva diferente

Deliberamos largamente. Coincidimos en que el proceso histórico que se inició con el desembarco de Colón en 1492, no tanto en sí mismo sino por sus innumerables consecuencias, que han afectado a la humanidad entera, debía ser objeto de conmemoración. Empleamos esta palabra para señalar expresamente que lo que considerábamos necesario era traer a la memoria —con-memorar— no sólo individual sino colectivamente, ese acontecimiento para reflexionar acerca de él y sobre todo de sus consecuencias. Había que dejar muy clara la distinción entre conmemorar (traer al recuerdo) y celebrar (festejar). Para mostrar sin rodeos la diferencia, dijimos que uno puede y debe conmemorar la muerte de un ser querido, pero obviamente no celebrarla.

Entre las consecuencias de lo que se inició en 1492 nos fijamos en no pocas de géneros muy distintos. Una es que, entonces tuvo comienzo el proceso de globalización de la humanidad. Gentes de los dos hemisferios antes aislados empezaron a tener noticia de que, más allá de las aguas inmensas, había otros pueblos y naciones. Otra consecuencia que no podía soslayarse fue la que hoy describen muchos indígenas como invasión de sus tierras, pérdida de su libertad, con muertes sin número, en algunos casos desaparición de etnias enteras, y en otros situaciones de culturas en peligro de extinción. Fue entonces cuando los europeos —españoles, portugueses, ingleses, franceses y holandeses— dieron alcances universales al colonialismo. Se incrementó además, como nunca antes, la trata de esclavos africanos.

Pero las invasiones y, sojuzgamientos que, a partir de 1492 tuvieron lugar en las Américas, como las que en Europa habían llevado a cabo los romanos trastocando pueblos y culturas de iberos, celtas, germanos y eslavos, trajeron también consigo otras consecuencias. Entre ellas están la fusión de pueblos y culturas e intercambios de todas clases. En este caso a escala universal, de lo que en uno y otro

hemisferios existía y se producía. Mientras en la América anglo-sajona, como tan concisamente lo expresó Washington, los establecimientos europeos rechazaron e hicieron apartarse a los lobos y a los indios, en la América invadida por españoles y portugueses, hubo mezcla de pueblos, con todos los abusos que se quiera, pero en fin de cuentas con fusión de culturas y de gentes. Si no fuera por esto, no existiríamos hoy más de trescientos millones de latinoamericanos que hablamos español, a los que deben sumarse los treinta millones de hispanos en los Estados Unidos y cerca de ciento sesenta millones más que, en Brasil, se expresan en portugués.

Realidad insoslayable es que hoy, desde las Californias hasta la Tierra del Fuego, casi la séptima parte de la superficie de las tierras emergidas del planeta, como consecuencia del proceso que se inició en 1492, más allá de diferencias, ostenta rasgos fundamentales en común. Además de las lenguas primas hermanas —español y portugués— sobresalen las creencias en las que muchas veces es visible el sincretismo entre elementos de las religiones indígenas, las africanas y el catolicismo ibérico. También está el sentido del arte, en el que sobresale la explosión de vida del barroco, modelado con frecuencia por la mano del aborígen. Éste de muchas formas ha enriquecido la cultura de los grupos mayoritarios, haciendo a la vez suyos no pocos elementos de lo traído por aquellos al Nuevo Mundo.

Es verdad que en esta historia de fusiones e intercambios ha habido y perduran las confrontaciones, los sojuzgamientos y otra amplia gama de injusticias. De ello dan fe no ya sólo los relatos históricos sino también la presencia y la palabra de cuarenta millones de indígenas que, en medio de adversidades, hasta hoy mantienen vivas sus lenguas y sus identidades étnicas.

Sobre esto, y otras cosas más, reflexionamos y discutimos los colegas consultados acerca de si era pertinente y cómo, conmemorar el V Centenario. La conmemoración, no había duda, la exigían los hechos y procesos que habíamos analizado. Concernía ella de modo especial a los pobladores nativos del continente y a aquellos otros que luego se establecieron en él. Todos, de un modo o de otro, eran antepasados de nosotros, que no tendríamos la cultura en la que participamos los pueblos de Iberoamérica, y que ni siquiera existiríamos si tal proceso no se hubiera producido. Resultaba impensable que nosotros, con los indígenas y africanos, los más concernidos, nos desentendiéramos de la coyuntura del V Centenario. Pero, ¿cómo conmemorarlo? ¿Íbamos a seguir asumiendo, como en el IV Centenario, la perspectiva unilateral de quienes hablaban del descubri-

miento de América? ¿Íbamos a invitar a los cuarenta millones de indígenas del continente a decir “conmemoramos que nos descubrieron, conquistaron, colonizaron y sojuzgaron”?

Era necesario adoptar una perspectiva que tomara en cuenta a todos los participantes en el proceso. Había que hacer, por tanto, referencia a las gentes del Viejo Mundo (no sólo a los europeos sino también a los africanos y asiáticos) y también a los pobladores de este otro hemisferio. Metafóricamente se ha hablado de un Viejo y un Nuevo Mundo. Lo que ocurrió entre gentes de uno y otro a partir de 1492 no fue un mero “yo te descubrí”, sino “tuvimos un encuentro”. “Encuentro”, según el *Diccionario* de la Academia española; o en el caso del inglés *encounter*, según el Webster y el Oxford, y en el del francés, *rencontre*, según el Littré y el Robert, significa “acto de coincidir en un punto dos o más cosas o personas en un mismo lugar, por lo común chocando unos con otros”, “oposición, contradicción”, “choque, por lo general inesperado, de las tropas que combaten con sus enemigos”. Pero también significa acercamiento, reunión, convergencia y aun fusión.

Una expresión que había empleado yo antes, al editar la *Visión de los vencidos*, como portadora de una perspectiva abierta a la reflexión, era la de “Encuentro de Dos Mundos”. Quienes la propusimos para dar con ella título a la Comisión Mexicana del V Centenario, hicimos primera presentación en público de la misma en la reunión que de varias comisiones latinoamericanas y de España tuvo lugar en Santo Domingo el 9 de julio de 1984. Ni más está decir que algunos de los participantes reaccionaron con notorio disgusto, interpretando la propuesta como un intento de negar a España y a Colón la gloria del descubrimiento. Tanta fue su indignación, que solicitaron se hiciera al día siguiente una ofrenda floral y una guardia ante el monumento a don Cristóbal.

Reacción “encontrada”, es decir opuesta por motivos contrarios, fue después la de otros que afirmaron que, con la idea de *encuentro*, se pretendía solapar las violencias de la invasión y las muertes de millones de indígenas. Quienes así reaccionaron sólo vieron, o sólo quisieron ver, la que llamaré “connotación positiva” del vocablo, que es la de acercamiento. Hicieron caso omiso de las otras connotaciones, incluso las primarias, puesto que *encuentro* guarda relación con *contra* y significa asimismo choque, enfrentamiento y lucha.

La perspectiva propuesta y adoptada por México, y luego por la gran mayoría de los países latinoamericanos, la Unesco, Francia, Japón, Rusia, Polonia y aun, en parte, por España, así como por

varios colegas historiadores, la presentamos no como una teoría sino como un marco para tomar en cuenta en plan de igualdad a todos los participantes y para dar entrada a connotaciones que van desde el choque, o encontronazo y confrontación violentos, hasta la convergencia, diálogo y acercamiento.⁷ Tal perspectiva se abrió así a la reflexión y al debate. Al adoptarse por la Unesco, ella ha propiciado lo que, aunque parezca increíble pocas veces había ocurrido, el diálogo y debate con representantes de grupos indígenas contemporáneos. Bajo el rubro de "Amerindia-92" varias reuniones se han tenido en Canadá, México, Guatemala, Chile y otros lugares en los que el V Centenario se vuelve ocasión para escuchar la palabra indígena que, si evoca 500 años de injusticias, hace planteamientos de cara al presente y al futuro. Tales planteamientos han llegado al menos a la atención de todos los jefes de Estado iberoamericanos que, en la junta cumbre que tuvieron en Guadalajara en julio de 1991, se comprometieron a tomarlos en cuenta.

¿Otra forma de historiografía?

Al llegar a este punto, creo que debo preguntarme: y, ¿todo esto del V Centenario, qué relación tiene con la idea, conveniencia o necesidad, mera posibilidad acaso, de reescribir la historia, hurgando en la significación del proceso que se inició en 1492? Desde luego que existe una relación. La coyuntura es propicia para salir de arraigados etnocentrismos y tomar en cuenta al otro. Y también es favorable el momento para imaginar siquiera una cierta forma de historiografía abierta plenamente a cuantos piensan que sus vidas tienen que ver con lo que en ella se relata. Los mayas, creadores de un arte extraordinario y descubridores del concepto del cero, practicaron ya de algún modo una semejante historiografía.

Implicó ella abrir al máximo la mira para abarcar y valorar las significaciones de los tiempos, no ya sólo las del pasado, sino también las del presente y las que podían vislumbrarse en el porvenir, ya que pasado, presente y futuro se conciben como flujo ininterrumpido del

⁷ Se han publicado ya asimismo varios libros con títulos como estos:

María del Carmen Martín Rubio, *En el Encuentro de Dos Mundos: los Incas de Vilcabamba*, 2 v., Madrid, Ediciones Atlas, 1988.

S. Lyman Tyler, *Two Worlds, The Indian Encounter with the European, 1492-1509*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1988.

Daniel Levine (editor), *La Rencontre de Deux Mondes*, Paris, Musée de l'Homme, 1992.

existir. Inquirían los mayas acerca del pasado desde la perspectiva del presente vivido por la comunidad entera y pensando también en la que podría ser la influencia de ese pasado en el futuro. De éste a su vez hablaban con enunciaciones de tono profético. Tales enunciaciones las dirigían unas veces hacia lo ya ocurrido, otras hacia lo que estaban viviendo, como señalando por medio de ellas relaciones de causa y efecto en el devenir temporal. Cuanto sucede o va a suceder lo contemplaban así desde una atalaya que abarcaba un tiempo sin rupturas, en función del cual todo había de comprenderse.

En nuestro caso, inspirándonos en la sabiduría maya, la reflexión podrá dirigirse al proceso que se inició en 1492, acercándonos a las palabras de los que participaron en él, no sólo en las crónicas de los gananciosos, sino también en los testimonios de los vencidos. Ya los tahinos-arahuacos de Haití dejaron dichas algunas palabras sobre lo que fue para ellos el encuentro. Y mucho más amplios son los relatos de quienes se enfrentaron luego en tierras mexicanas, en Guatemala y en el mundo andino, con los hombres de Castilla. Bien notaron los frailes cronistas Motolinía y Torquemada que quienes no atiendan al testimonio indígena jamás comprenderán cabalmente lo que fueron su lucha y la imposición española. Pero la reflexión no se detendrá en los relatos de vencidos y vencedores sino que se reabrirá luego para atender al presente y desde éste retornar al pasado. La historia de lo que dicen los testimonios que ocurrió cobra vida y se ilumina escuchando las voces de quienes afirman vivir en su propia existencia diferentes consecuencias de ese acontecer, aun cuando sea de hace siglos. Presente y pasado, en una especie de dialéctica sin fisura, se presentan así como campo abierto al diálogo y al debate.

Los indígenas de hoy, con la memoria reanimada por su tradición oral y con la vivencia cotidiana de su dramático existir, derivado en gran parte de lo que ocurrió a sus antepasados, entran como nuevos participantes en el relato que así se reanuda y se prosigue. Y también podrán hacerlo los tantas veces discriminados descendientes de quienes fueron arrancados de sus tierras africanas. En fin, la reflexión y el diálogo interesan a cuantos, fruto o no de mezclas y fusiones de gentes, involucrados en un transcurrir histórico en el que sus antepasados fueron agentes o pacientes, lejos de sentirse indiferentes, al expresarse se implican en la secuencia misma del proceso.

Es cierto que la historia como acontecer pertenece a los tiempos idos. Pero, en cuanto toma de conciencia y búsqueda de significación de un tal acontecer, la historia sólo existe en un presente, que es el de quienes inquietan, reflexionan, escriben o simplemente se ente-

ran acerca de ella. Ahora bien, en un presente que cambia sin cesar, inevitablemente surgen nuevas perspectivas de comprensión de esos tiempos idos. De modo particular interesan aquí las de quienes meditando sobre los viejos documentos y cualquier otro vestigio del pasado, sintiendo que viven en su propia existencia consecuencias de los acontecimientos objeto de su atención, confrontan pasado y presente, y expresan la necesidad de introducir cambios en lo que ahora es, concebido como fruto de lo que fue. Sus deseos, imágenes, pronósticos o quimeras acerca del futuro se tornan elemento inseparable del presente que se nutre del pasado. Ese pasado no habrá de descifrarse ya meramente en los viejos papeles. Adoptando, en suma, otras perspectivas, como en un caleidoscopio de figuras antiguas y nuevas, se busca esclarecer el pasado atribuyéndole significaciones en función de las que aparecen como sus consecuencias en el presente y con el enunciado de destinos que se anticipan para el futuro.

La historiografía maya de los chilames, como el Chilam Balam de Chumayel, el de Tizimín o de Maní, se reescribió sin cesar de esta manera.⁸ El registro de acontecimientos pasados, de experiencias presentes y de profecías se hizo en papeles que se iban deteriorando con el uso continuo a través de los años. Quienes cuidaban de ellos, les hacían añadidos. Atendiendo a su presente, al de la comunidad entera, modificaban los relatos acerca del pasado, y expresaban nuevas profecías. Según éstas se cumplían o parecían posponerse, volvía a modificarse la interpretación de los hechos. Cuando los viejos papeles se desgarraban ya, por haber sido leídos y reescritos en innumerables ocasiones, la antigua palabra se copiaba en hojas nuevas. Así se procedió a través de los siglos, hasta fechas muy recientes. Probablemente aún hoy existen comunidades mayas en las que se guarda y acrecienta este género de papeles. Éstos, como el tiempo mismo, se renuevan y reescriben. Al rehacerse con añadiduras y variantes, se tornan portadores de nuevas significaciones. La comunidad que escucha su lectura, participa en las enmiendas, sugiere cambios, reescribe la historia, que es su vida, transcurrir de su tiempo y de su ser.

¿Es acaso una locura, en ocasiones como ésta, diría yo que emblemática del V Centenario, imaginar siquiera una forma tal de historiografía, si es que puede designarse así a este modo de proceder? Apoyado estaría el mismo no ya sólo en el documento testimonio del pasado, sino también en la experiencia del presente, sentida y

⁸ Sobre la significación de los libros de Chilam Balam, véase: Miguel León-Portilla, *Literaturas indígenas de México*, Madrid, Editorial Mapfre, 1991, p. 183-190.

referida por quienes se piensan a sí mismos consecuencia viviente de ese pasado y quieren saber más acerca de él, para conocerse mejor y atisbar siquiera algo de lo que podrá ser su futuro. Historia no ya sólo de eruditos sería ésta, siempre en proceso de ser reescrita, sino memoria, vida, imaginación y debate de un pueblo, una nación y tal vez, algún día, para mejor entendernos todos, de la humanidad entera.

Misión más grande será entonces la del historiador, a la vez transformado ya en sabio, filósofo y profeta. Situado plenamente en su presente, se valdrá quizás de la informática y de los medios de comunicación masiva. Encenderá entonces el diálogo entre los viejos documentos y la palabra de quienes en su presente se sienten inexorablemente vinculados con su pasado y, a la luz de su pasado y su presente, quieren atisbar su porvenir. Practicar esta extraña forma de quehacer, diríamos que "al aire libre" y, por tanto con aire fresco, será abrirse de lleno a la comunidad con conciencia de que, siendo ella con sus ancestros el agente mismo de su devenir histórico, se interesará profundamente en él. Reescribir así la historia dialogando, es ir sin cesar en busca de ideas y vivencias, significaciones recogidas tal vez en medio del debate y la confrontación pero, por ello mismo, fuentes de posibles nuevas formas de comprensión.

Quizás todo esto no es sino una quimera, aunque los mayas lo practicaron. De lo que sí no hay duda es que coyunturas como la del V Centenario pueden llevarnos a pensar, entre otras cosas, en la conveniencia de atinar con nuevas formas de reescribir la historia. Habrán ellas de estar abiertas al diálogo y al debate: tomarán en cuenta a los unos y a los otros, los que ya estaban y los que llegaron; los que han sido y los que son, sin desentenderse de los que habrán de venir y querrán saber también acerca de sí mismos.

